



VI Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2004

CATEGORÍA JUVENIL: Primer Premio
Relato premiado: “*Amantes en clave de sol*”.
Autor / a: Irene Sánchez Hernández.
San Martín del Moncayo (Zaragoza).

AMANTES EN CLAVE DE SOL ...

Quizás, si no le hubiese conocido, mi vida habría sido distinta. Mejor o peor, quién sabe, sin embargo creo en el destino. No sé si es una excusa que yo misma busco en ocasiones para justificar las cosas que me han ido sucediendo a lo largo de la vida, pero al menos me consuelo.

Seguramente, y a pesar de todo, mi vida, a lo que ahora queda de ella (que son mis recuerdos), serían mucho menos intensos de lo que ahora son, si yo no hubiese conocido a Joaquín.

Cuando le conocí, todavía éramos unos críos. Él bajaba todas las mañanas a por el pan a la panadería de mi tía Elvira. Nuestro primeros encuentros, ocurrían por casualidad; yo me asomaba a tender al balcón y él estaba en la puerta de la panadería esperando a que mi tía bajase a abrirle. Durante aquellos breves pero a la vez duraderos minutos, intercambiábamos miradas y sonrisas, así que acabé poniéndome el despertador cinco minutos antes de que él apareciese para seguir manteniendo aquellas conversaciones silenciosas.

Era una cría, lo sé, pero reconozco que ya me fijé en aquella mirada penetrante y extraña pero a la vez sugerente; en aquella sonrisa tímida, en aquellos andares sigilosos... Pero como ya he dicho antes, yo sólo era una niña, y por aquel entonces Joaquín sólo era un garabato insignificante en mi vida. En aquellos momentos me preocupaban más otras cosas... apenas tenía ocho años.

Para esa época Joaquín ya debía llevar un par de años yendo a clases de piano. Él era diferente, y lo supe desde el primer momento que lo vi, cuando aquella pelota de fútbol pasó ante sus pies y ni siquiera detuvo la

mirada en ella. Nunca le interesaron las mismas cosas que a los niños de su edad y creo que en cierto modo, eso fue lo que me conquistó de él.

No sé muy bien cuando me enamoré exactamente, pero si mal no recuerdo, pasaron un par de años desde que le conocí hasta que fui capaz de plantarme ante él y dirigirle la palabra. Fue en un concierto de su abuelo.

El abuelo de Joaquín era uno de los hombres más simpáticos de San Martín (por no decir el que más); sonreía y bromeaba con todo aquel que se cruzaba en su camino, y aquello no tendría que suponer una tarea fácil para él teniendo en cuenta su situación: era viudo, su única hija estaba separada y todos los veranos (cuando su hijo se quedaba en la ciudad por motivos laborales), tenía que hacerse cargo de Joaquín. Tocaba el piano, y amenizaba los acontecimientos públicos festivos interpretando canciones que él mismo había compuesto en la plaza. Él fue quien inició a Joaquín en el mundo de la música, y fue también él que de algún modo, quien enseñó a desenvolverse en la vida. Para Joaquín su abuelo lo era todo: padre, amigo maestro,... y ambos compartían una gran pasión que les unía más todavía: la música.

El caso es que como decía, fue en una de esos peculiares conciertos del abuelo de Joaquín, cuando decidí enfrentarme a mi vergüenza acercándome a él y pronunciando un imperceptible “hola”, y digo imperceptible porque casualmente él si lo oyó.

Estaba ante mí, con aquel cuerpo de niño y si embargo aquélla mirada de adulto. Todavía se me pone la piel de gallina al recordar como me sonrió y se acercó a mí para darme un beso en la mejilla. Creo, y aunque suene ridículo e incluso estúpido, que fue en ese momento cuando la niña que era en aquel entonces, decidió que aquel era el hombre de su vida. Eso pensé, y eso he pensado toda la vida, ¿estoy y estuve equivocada?. Eso ya no lo sé. Solo sé que desde aquel momento, nuestros encuentros dejaron de ser casuales: quedábamos para ir juntos al colegio, durante el recreo almorzábamos juntos, y asistíamos juntos a clases de solfeo. Joaquín se convirtió en mi mejor amigo.

Supongo que nos sucedió como a Quijote y Sancho al final de la novela: Quijote se vuelve más realista y Sancho más fantasioso, quiero decir que nos influenciamos el uno al otro: Yo lo enseñé a disfrutar de la compañía de los demás, le presenté a mis amigos, le incité a disfrutar de la música, a sentirla, a usarla como escapatoria en los momentos de desesperación. Si no hubiese sido por él, seguramente no hubiera comenzado mis clases de saxofón, y ni siquiera me habría planteado la posibilidad de dedicarme profesionalmente a la música.

Al cabo de los años, decidimos apuntarnos juntos al conservatorio de Tarazona, él a piano y yo a saxofón, aunque él iba unos cuantos cursos por delante.

Aquello fue una experiencia que nos unió todavía más, porque pasábamos todas las tardes de verano ensayando, e incluso nos juntábamos en algunas salas para hacer nuestros “pinitos” musicales. Era algo realmente emocionante, porque a pesar de que nuestro nivel musical no era muy elevado, cuando nos juntábamos en un aula, él sobre el piano y yo con mi saxofón y dejábamos volar nuestra imaginación; nos creíamos los amos del mundo. Claro que nuestras improvisaciones eran de absolutos principiantes y no tenían demasiado valor musical, pero para nosotros eran las melodías más valiosas del universo.

Pronto llegamos a compenetrarnos de una manera sorprendente, y con el tiempo, nuestra relación se hizo cada vez más fuerte, a la vez que nuestro nivel musical avanzaba, pero fue en la adolescencia donde nuestra relación alcanzó su punto culminante.

Dichosa adolescencia... edad de las confusiones, edad de los sueños, edad en la que comienzas a descubrir el mundo que te rodea, te encaminas a la vida de adulto y poco a poco te das cuenta de que las cosas no son tan fáciles como aparentan ser. Y no quiero decir que sea una época mala, ni mucho menos, me atrevería a decir que fue una de las mejores épocas de mi vida, por no decir la mejor... Fue durante esa época cuando Joaquín y yo compartimos nuestros sentimientos y disfrutamos el uno del otro.

- Tú y yo seguramente debimos de estar casados en otra vida –me dijo interrumpiendo una de nuestras habituales conversaciones nocturnas al borde de la Huecha (ese pequeño riachuelo que pasa por nuestro pueblo).
- ¿Por qué dices eso? –le pregunte ilusionada y a la vez asustada creyendo que aquella noche podría al fin mostrarle mis sentimientos.
- Porque eres la mujer perfecta para mí... bueno, en realidad eres mi mejor amiga ¿no?

¿Su mejor amiga? ¿Solo eso? Menuda decepción me llevé aquella noche. Yo que me esperaba un final peliculero con beso incluido, quedé tan decepcionada que me marché sin despedirme y con un berrinche tremendo. Estuve intentando evitarlo en los días posteriores, pero finalmente volvimos a encontrarnos en el conservatorio...

- Andrea... –dijo mirándome fijamente a los ojos.
- ¿Qué? –contesté yo embriagada por aquellos ojos marrones y aquellos labios tan perfectos.
- ...no sé, últimamente te noto rara, distante, fría, parece que quieras evitarme e incluso cuando tocamos juntos me da la impresión de que sientes miedo de expresar tus sentimientos ante mí –prosiguió con cara de preocupación- y para colmo, te marchaste de una forma muy extraña el otro día, me tienes preocupado.

Ya sé que es más bonito que el hombre dé el primer paso, pero sentí que si no hablaba iba a reventar.

- ¿Quieres saber realmente lo que me ocurre? –le pregunté mirándole directamente a los ojos y con un nudo en el estómago.
- Hombre, pues claro, ¿a que esperas? –contesto él.
- Mi problema eres tú –le dije.
- ¿Qué? Pero... ¿por qué dices esto? ¿te he hecho yo algo? –preguntó preocupado.
- No, mi problema es que te quiero, y sé que puede sonar ridículo porque nos conocemos de toda la vida y sabemos demasiadas cosas el uno del otro, pero cuando estoy contigo siento un cosquilleo en el estómago, y eres la única persona con la que me atrevo a compartir mis sentimientos e inquietudes, con la que no me da vergüenza dejarme llevar por la música, me siento bien a tu lado.... Desde que te vi supe que eras diferente, como yo y sé que seguramente tú no compartirás este sentimiento, pero se estaba haciendo cada vez más grande en mi interior, y si no te lo decía iba a acabar conmigo –

aquellas palabras salieron de mi boca como por arte de magia y una vez que había empezado no podía parar. No quise mirarle mientras hablaba, y, cuando terminé, decidí levantarme y huir, la vergüenza se estaba apoderando de mi...

- ¡Espera! –gritó- yo también te quiero, hace tiempo que quiero decírtelo, pero soy tan torpe y estúpido que no encontraba el momento adecuado, y, cuando lo hacía, no tenía suficiente coraje para decírtelo frente a frente. Y no es sólo que te quiera, es que te necesito, formas parte de mi vida, y, si no formases parte de ella, probablemente estaría perdido.

Durante unos instantes permanecí paralizada, esperando a que el corazón latiese más despacio y el estomago recuperase su posición inicial, hasta que finalmente me di la vuelta. Allí estábamos los dos, frente a frente, con la mirada fija el uno en el otro y el Moncayo al fondo, por un momento deseé pellizcarme para comprobar si aquello era real.

- Era broma, en realidad no te quiero –le dije con una sonrisa picarona.
- Si, ya... –y se acercó a mi. Y, bueno, supongo que sabréis lo que ocurrió... No hace falta ser muy listo... Nunca olvidaré aquella noche en la que no pude desprenderme de la compañía de aquella sonrisa de estúpida en toda la noche.

Supongo que aquel fue el comienzo de nuestra dulce historia de amor, aunque me atrevería a decir que comenzó antes, con nuestra amistad. Los años posteriores fueron los mejores de nuestra relación: él componía canciones para mi y yo para él, por las noches paseábamos juntos, charlábamos, veíamos películas, discutíamos de vez en cuando, salíamos de bares por Tarazona e íbamos de fiestas a los pueblos de alrededor con nuestros amigos, incluso había días que pasábamos toda la noche contemplando las estrellas.

Pero de repente un día, sin motivo ni razón, decidió marcharse. Él había dejado de estudiar para dedicarse de lleno a la música, pero como ya había finalizado el grado superior del Conservatorio me dijo que quería viajar al extranjero.

- ¡No lo entiendo! –afirmé mirándole a los ojos- No entiendo por qué ahora, justo cuando atravesamos el mejor momento de nuestra relación.
- Soy un músico loco, y tú lo sabes, para mi no es suficiente la vida que me ofrece San Martín, tengo que conocer otros mundos e incluso otras personas. Tengo que vivir otras experiencias, experimentar... Y eso no significa que no te quiera o que no desee estar contigo... Espero que lo comprendas –pero en este momento no lo comprendí. Y él, dándome un beso en la mejilla y un paquete envuelto en papel de regalo, se alejó hacia la parada del tren. Lo estuve observando durante más de diez minutos hasta que el tren se alejó, y fue entonces, y solo entonces, cuando me atrevía a desenvolver el paquete. Era una foto de los dos enmarcada en un portafotos precioso, blanco y marrón, con dibujos de claves de sol, corcheas y semicorcheas. En la parte trasera, reconocí su letra: “Fue la música la que me unió a ti, y sin embargo es por ella, también, por la que me

alejo, pero te aseguro que tanto ella como yo podremos resistir mucho tiempo sin tu presencia... volveré porque sabes que te quiero”.

Apenas sin darme cuenta, y sin poder evitarlo, las lágrimas comenzaron a derramarse por mis mejillas.

Durante los primeros meses de su ausencia, la tristeza me envolvía y me sentía terriblemente vacía y sola. Confiaba en su palabra, en que regresaría, pero la idea de que encontrarse algo o alguien mejor me aterraba. Las gentes del pueblo, como siempre, no supieron abstenerse de hacer comentarios: “Eso le pasa a ella porque estaba con él por conveniencia, para que le diera clases de música”. “¿Pero no decía él que la quería mucho? Pues no lo ha demostrado muy bien dejándola a la primera de cambio”. Claro, que aquellos comentarios llegaron a mis oídos, y, aunque reconozco que me ofendieron y no poco, dicen que no hay más desprecio que no hacer aprecio. Y, aunque es cierto, que también me pregunté durante mucho tiempo que porqué me había dejado de aquella manera, acabé comprendiendo que, por mucho que amemos a una persona, no podemos retenerla con nosotros para siempre, no podemos cortar las alas de su libertad, porque el amor, como todo en exceso, puede perjudicar cuando se abusa de él.

Dos meses después de su partida, recibí su primera carta. La escribía desde Bolivia. En ella me explicaba lo difícil que tenían la vida las personas de allí, y lo mucho que había aprendido a valorar lo que le rodeaba. Me hablaba de lo importante que era la música para la gente sudamericana y de lo mucho que se divertía participando en sus improvisaciones. Había aprendido a tocar varios de los instrumentos típicos de allí como el charango, la zampoña, o la quena... (instrumentos que yo ni siquiera hubiera sabido que existían de no ser por él) y, al parecer, se dedicaba a dar clases. Me alegraba enormemente que la experiencia le estuviera resultando tan grata, pero en mi interior sentía una especie de rabia o envidia, no se muy bien cómo explicarlo. El verle tan feliz me hacía sentirme bien por él, pero, por otro lado, y a pesar de que él me decía lo mucho que me añoraba y me quería, quizá su felicidad se debía a que yo no estaba con él. Comencé a asustarme por que la idea de que él pudiera ser feliz sin mí, me aterraba tanto o más como la de que encontrase otra mujer. Pensé en contárselo en mi contestación a la carta, pero decidí esperar. Le conté lo mucho que había avanzado musicalmente y mi decisión de comenzar clases de guitarra. Pero también le dije lo mucho que deseaba que regresara, y lo mucho que costaba todavía aceptar su decisión de marcharse.

Durante el tiempo que tardó en contestarme mi estado de ánimo mejoró notablemente: me surgieron varios trabajos como profesora de saxofón en Tudela y también de solfeo. Participé con músicos del pueblo en varias charangas lo cual me divirtió mucho y me ayudó a relacionarme con las gentes de los pueblos cercanos a San Martín. Pero sin lugar a dudas, lo que más alegría me despertó en mi fue el increíble proyecto del abuelo de Joaquín: decidió montar una academia de música en el pueblo para todo aquel que quisiera (pagando una pequeña cantidad) recibiese clases de solfeo. Con el tiempo, el abuelo Roque (era así como lo llamaba todo el mundo) tenía pensado formar una pequeña banda. Solicitó mi ayuda y yo estuve encantada de echar una mano en todo lo que pude. Además, el pasar tanto tiempo con Roque, era una manera de estar, en cierto modo, más unida a Joaquín.

Pasaron unos cuatro meses hasta que recibí su contestación (para ese tiempo la academia ya se había formado y teníamos veinte alumnos de solfeo). Me sorprendí al abrir la carta y descubrir un billete de avión a Bolivia. Joaquín estaba empeñado en que fuese allí. Según él, quería compartir todo aquello conmigo y si, debo reconocer que me sentí halagada y que tanteé la posibilidad de ir allí, pero pensándolo fríamente decidí que no. Quizá mi postura fue egoísta o quizá busqué la excusa de la academia para no ir, pero él había sido el que se había marchado, y por tanto creí que era él, y no yo, el que debía regresar. Así que, tras pensarlo mucho, le envié una carta explicando mi punto de vista y devolviéndole el billete de avión. No recibí respuesta, y supuse que estaba enfadado ¿Tenía razones? Quizá sí, pero los dos éramos tan orgullosos que, a pesar de lo mucho que nos queríamos, no fuimos capaces de pedirnos perdón el uno al otro.

Y nos volvimos a ver, es cierto, pero creo que ninguno de los dos hubiésemos deseado que fuera en tales circunstancias.

El abuelo Roque y yo pasábamos mucho tiempo juntos: por las mañanas quedábamos pronto en la academia para preparar las clases de solfeo y, si nos daba la vena artística, comenzábamos a improvisar con diversos instrumentos, incluso algunas veces aquellas improvisaciones se convertían en composiciones que, posteriormente fueron interpretadas por la Moncaina (que es así como se acabo llamando la banda del pueblo) en varias ocasiones. A partir de las 11 de la mañana nos dedicábamos a dar clases, y, cuando concluía nuestra jornada laboral, salíamos a comer juntos. Yo acabé conociendo muy bien al abuelo y enseguida lo note más cansado que de costumbre y sin apetito. Le prohibí dar clases y cuide de él lo que pude, pero no fue suficiente y con el tiempo fue empeorando. Le pedí al medico que pasase todos los días por la casa para observar su evolución, pero Roque era un cabezota, al igual que Joaquín y, cuando el medico nos dijo que lo mejor era llevarlo a un hospital, él se negó en redondo. Yo lo entendí, prefería morir en sus casa, con su piano, con sus recuerdos, y en el fondo creo que fue lo mejor.

Intenté avisar a Joaquín por todos los medios para que llegase lo antes posible, pero lo único que conseguí es que llegase a tiempo para el entierro.

Aquel día fue muy duro para los dos. Roque había significado muchísimo para mí, y, aunque no estaba unido a él por ningún lazo familiar, le quise como a un padre, así que durante la temporada que había estado enfermo, yo lo había pasado fatal. Pensaba en todo: en Joaquín, en Roque, en la academia... Y aquel día tuve que enfrentarme al dolor por partid doble: el dolor que suponía para mí la muerte de Roque; y el dolor que suponía el reencuentro con Joaquín. Aquella iba a ser la primera vez que le iba a ver desde que se marchó a Bolivia, y, aunque en aquel momento la tristeza era más fuerte que cualquier otra cosa, todavía había muchas preguntas rondando en mi cabeza.

Intenté evitar el encuentro por todos los medios, pero finalmente pensé que ya no era una adolescente, y por tanto no debía comportarme como tal. Así que cuando llegamos al cementerio decidí acercarme. El corazón me latía tan rápido que pensé que se me iba a salir. Y allí estaba él. El pelo le había crecido, al igual que la barba, pero aquella mirada penetrante seguía intacta, esta vez empapada de lagrimas, al igual que la mía. Nuestras miradas se cruzaron inevitablemente y corrimos a abrazarnos. Sé que muchos de los

presentes estaban más pendientes de nuestro encuentro que de cualquier otra cosa, pero me dio igual.

- Lo siento –le susurre sin soltarle.
- Yo, también, y te agradezco, de verdad, que hayas hecho lo posible por localizarme. Pero no lo siento sólo por el abuelo, siento haberme marchado de aquella manera... pero te juro que no ha pasado un solo día en que no haya pensado en ti. Fui un egoísta, lo sé... Pretendía que vinieras allí después de haber sido yo el que se fue. Es que... ¡deseaba tanto compartir todo aquello contigo!. Seguramente estarás muy enfadada conmigo por todo, pero te juro que tenía el billete para volver la semana próxima. ¡Deseaba tanto volver a veros...! A él y a ti, por que os querría cuando me fui y os quiero ahora... ¡Joder...! Siento haberos fastidiado tanto por un simple capricho... –sus ojos volvieron a enrojecerse y las lágrimas se volvieron a derramar por sus mejillas. Yo le abracé fuerte.
- Sabes que me tienes aquí, siempre me has tenido, mejor dicho, siempre nos has tenido y nos tendrás. ¿Sabes que fue lo que me pidió tu abuelo antes de morir? –dijo mirándole fijamente.
- ¿Qué? –dijo secándose las lágrimas.
- Que cuidase de ti que sacase adelante la academia. Él sabía que regresarías, me lo dijo en más de una ocasión. ¿Y sabes por qué? Porque sois iguales.

Y allí nos quedamos los dos, agarrados fuertemente de la mano frente a la tumba del abuelo.

- Cuenta conmigo para sacar adelante esa academia –dijo apretándome fuertemente la mano. Si hay algo por lo que pelear en esta vida, eso es la música.
- Y me miró sonriendo.
- Y tú cuenta conmigo para todo lo demás –dijo devolviéndome la sonrisa. Sé que estuviese donde estuviese, Roque también estaba sonriendo.

Mas quedaba mucho trabajo por delante, pero, cuando Joaquín agarró mi mano de aquella manera supe que nada ni nadie nos separaría. La academia era un logro por el que íbamos a luchar juntos.